

se del primero, retrocedió, sin embargo, ante las consecuencias, y para salvar la dificultad cayó en una contradicción. Querer sacar la universalidad y la necesidad, ó sea el conocimiento racional, de datos experimentales, es querer sacar agua de una piedra pómez, como decía Kant, *ex pumice aquam*, pues experiencia y necesidad se contradicen. De esta manera, los positivistas se encuentran ante una alternativa ineludible, pues ó bien permaneciendo fieles á su principio acaban por destruir la base de todo conocimiento, como Mill, ó bien dan á la generalización un valor que no tiene y entran por ese mero hecho en el campo de la metafísica, como Taine. La verdad es que la experiencia sin la razón no vale nada, y que la teoría de Mill está probando la falsedad del sistema. «Sea este ejemplo, dice Tiberghien: los cuerpos más densos que el aire, observados hasta ahora, se precipitan hácia el centro del globo cuando son abandonados á sí mismos: luego todos los cuerpos en las mismas circunstancias se precipitarán igualmente. La conclusión, en cuanto que es sacada de la observación, es ilegítima; porque la observación no recae sobre el porvenir; ¿quién sabe si las leyes del movimiento de los cuerpos van á cambiar, ó por mejor decir, quién sabe si hay leyes? ¿Qué prueban algunos fenómenos comprobados durante algunos siglos respecto de todos los fenómenos que hay que comprobar en todos los tiempos? La causa de la atracción es desconocida. La conclusión del raciocinio inductivo es, pues, puramente hipotética, y ninguna experiencia podría autorizar la forma de proposición universal que asume. Sin embargo, se admite sin dificultad por los sábios y los filósofos; ¿por qué? Porque se toma en cuenta la diferencia que existe entre los espíritus y los cuerpos, y se acepta de buena gana como un lema de la metafísica, que la actividad de la materia está arreglada, encadenada, que es continua y se produce siempre de la misma manera en las mismas circunstancias, en virtud de la inercia, atendida la ausencia de toda voluntad perturbadora. Este encadenamiento perfecto se expresa en la idea de la fatalidad de la naturaleza, opuesta á la libertad del espíritu, y la fatalidad quiere decir que todo en el mundo físico está sometido á leyes constantes, á las cuales ningún cuerpo podría sustraerse y que ningún ser superior viene á turbar con sus caprichos. Hé aquí la estabilidad de las leyes de la naturaleza, la cual no viene de la física como ciencia de observación, sino de la metafísica como ciencia racional, *a priori*, y se añade á menudo sin darnos cuenta de ello, á las conclusiones experimentales para conferirles un valor que la experiencia no les da.

«Así, la inducción y la analogía son completamente impotentes sin la estabilidad de las leyes de la naturaleza, y esta estabilidad no puede establecerse sino por la metafísica, nunca por la experiencia. Pero una vez demostrada ó aceptada la permanencia de las leyes, nada impide considerar las conclusiones experimentales como legítimas bajo condiciones determinadas. Entonces la hipótesis se convierte en verdad; la probabilidad se cambia en certidumbre, gracias á una deducción latente. En el ejemplo citado se dirá: Todos los cuerpos gravitan hácia su centro de atracción, porque la actividad de la materia está sometida á leyes constantes, y de esta manera los fenómenos que se han producido en el pasado, deben reproducirse infaliblemente en el porvenir bajo el imperio de las mismas causas. Desde el momento en que un resultado de la inducción se certifica por un principio superior, pasa con razón como premisa universal en el silogismo, y sir-

ve para demostrar todos los casos particulares que caen hasta el infinito bajo la aplicación de la misma ley. Todos los cuerpos en la superficie de la tierra tienden hácia el centro del globo: luego también los metales; luego también las piedras; luego también los líquidos; luego también los gases más densos que la atmósfera.» (1)

A menudo nos hablan nuestros positivistas del *método científico* como la razón última ante la cual debemos inclinarnos respetuosamente no teniendo nada que replicar. El mismo Sr. Ruiz ha querido reducir á estas proporciones la cuestión suscitada en la Escuela Preparatoria, pretendiendo desterrar de aquel plantel la filosofía en nombre de la ciencia. Tiempo es ya de fijar el valor de ciertos términos deslumbradores, y ver lo que realmente se oculta debajo de ellos. Para los positivistas el método científico no es más que el método empírico, único que admiten, pues es el único que cabe en los principios que forman su punto de partida. Verdad es que conservan la palabra deducción, como conservan las palabras espíritu y psicología, pero esas palabras han perdido enteramente su legítima significación filosófica, pues según hemos visto se trata de una psicología sin alma, de un espíritu sin sustancia, y de una deducción sin principios generales. Colocados en esa pendiente les es imposible detenerse, viéndose obligados á ir hasta la cima sin fondo del escepticismo con todas sus negaciones, que es á lo que viene á quedar reducida la ciencia. No pudiendo servir á dos señores simultáneamente, lo relativo y lo absoluto, según la exacta expresión de Littré, para ser sabio en el sentido positivista, es preciso ser ateo, materialista y escéptico, sin reflexionar que en las filas de la nueva escuela no aparece todavía un hombre de los tamaños de Newton, Leibniz, Kepler, Bernard ó Pasteur, que no habrían llegado sin duda á la altura en que brillan si se hubieran encerrado en las frías y estériles regiones del empirismo sensualista.

«Desde Sócrates y Aristóteles, dice Brochard, (2) era un axioma indiscutible que sólo hay ciencia de lo general, siendo los hechos particulares demasiado movibles y fugitivos para servir de base á la ciencia. Stuart Mill diría más bien: no hay ciencia sino de lo particular, porque sólo lo particular es real. Siendo por él definida la lógica, la ciencia de la prueba, se trata de definir los hechos en tanto que sirven para probarse unos á otros. Lo que funda la certidumbre de la lógica, tal como la entiende, es que toma los hechos por punto de partida (3) y no los pierde de vista un solo instante. Para explicar el rigor de sus procedimientos, hay que excluir sin compasión todo lo que no es dado directamente en la realidad. Los hechos no serán representados en el espíritu por intermediarios: ellos solos tendrán una virtud eficaz; no recurrirán á mandatarios, sino que harán por sí mismos sus propios negocios. Podría decirse bajo una forma paradójica, pero que expresa bien el pensamiento de Mill, que con los hechos instituye la ciencia: los hechos son los que en el espíritu forman la ciencia, ordenándose por sí mismos, según su propia naturaleza, en ciencia y en prueba. La idea ó el concepto es un intermediario sospechoso y superfluo que es preciso eliminar. Es en el orden lógico una

(1) *Organización del conocimiento*, lib. I, cap. 3.

(2) *Revue philosophique*, tom. XII, pág. 451.

(3) *Lóg.*, I, 2, 1, etc.

tentativa análoga á la que en el orden económico quiere aproximar al consumidor y al productor, suprimiendo los intermediarios. No puede decirse que sea ésta una lógica realista, porque tal palabra se ha empleado históricamente para designar una concepción enteramente opuesta, pero es una lógica *real*, que recae sobre las cosas y no sobre las ideas. Es lo que quiere decir Stuart Mill cuando llama á la lógica tal como la entiende *lógica de la verdad*, en oposición á la *lógica de la consecuencia (consistency)* (1). Deja entenderse que los hechos de que aquí se trata no son realidades exteriores al espíritu, cosas en sí. Sólo M. Spencer se atreverá á llevar el realismo hasta allá. Para Mill son solamente las sensaciones ó las imágenes producidas inmediatamente en nosotros al contacto de las cosas, en una palabra, los equivalentes ó aproximaciones más exactas que tenemos de las cosas mismas. Por supuesto que esté uno á acercarse á la realidad, nadie, y Stuart Mill ménos que nadie, puede pensar en hacer abstracción total del espíritu. Los hechos no son más que estados de conciencia. Mill es y permanece siendo fiel discípulo de Berkeley. Pero en tanto que estos estados de conciencia son inmediatos y primeros, que son dados y concretos, se puede tomarlos por las cosas mismas y sobre todo, distinguirlos de las creaciones ó combinaciones ulteriores que el espíritu forma al unirlos entre sí. Hé aquí el principio de la lógica tal como la concibe Mill.

No debemos sorprendernos despues de esto, que los mismos axiomas que sirven de fundamento á las matemáticas, sean considerados como frutos de la inducción. Bain reduce esos axiomas á los dos siguientes: 1.º el axioma de la coincidencia mediata (cosas iguales á una tercera son iguales entre sí); 2.º el axioma de la igualdad de las sumas de cantidades iguales (las sumas de cantidades iguales son iguales). Excusado es decir que el Sr. Ruiz participa de la misma opinión, pasando en seguida á probar con Mill el carácter empírico de los axiomas, valiéndose de los mismos ejemplos y reduciendo á unas cuatro hojas las veinte y tantas páginas que el filósofo inglés consagra á esta importante cuestión. Ya el patriarca del positivismo, Augusto Comte, habia establecido que «la geometría y la mecánica deben ser consideradas como verdaderas ciencias naturales, fundadas lo mismo que todas las otras en la observación,» atribuyendo la opinión comun que considera la geometría como una ciencia puramente racional, á un «resto de influencia del espíritu metafísico que tan largo tiempo ha dominado aún en los estudios geométricos.» Para contestar los argumentos que oponen á semejante teoría los partidarios del conocimiento racional, Bain establece tres consideraciones entre las cuales figura, la siguiente: «Segun las leyes de la creencia, toda experiencia que no ha sido contradicha tiene en su favor toda la fuerza de que es capaz nuestra creencia instintiva,» y en este caso están las verdades matemáticas. El Sr. Ruiz no encontró suficiente este argumento, y tuvo razon, prefiriendo traducir algo de lo mucho que trae Mill sobre este punto. Por ejemplo, cuando contesta con *une des propriétés caractéristiques des formes géométriques, qui les rend aptes á être figurées dans l'imagination avec une clarté et une précision égales á la réalité.* (Mill). «La experiencia ha enseñado que una de las propiedades características de las formas geométricas, consiste en que

(1) *Sistema de lógica*, lib. II. cap. III, 9.

pueden ser figuradas en la imaginación con tanta claridad y precisión como las formas realizadas en el exterior.» (Ruiz.) Francamente, nos parece más consecuente con los principios positivistas la opinión de Ueberweg formulada en estos términos: «Aunque las proposiciones fundamentales tengan en sí mismas una certidumbre simplemente asertiva, sin embargo, el sistema matemático, producto del trabajo de los siglos, tiene como todo, como conjunto, una certidumbre apodictica que extiende sobre las proposiciones particulares.» De lo que parece segun observa Tiberghien «que los antiguos no estaban tan convencidos como nosotros de que la línea recta es el camino más corto de un punto á otro, y que nuestros descendientes, gracias á la experiencia, estarán mucho más seguros todavía de que el cuadrado de 2 es 4.»

Creemos innecesario detenernos más en probar una verdad que de seguro ha penetrado ya en el ánimo del lector, y es que la deducción, tal como la entienden los positivistas y es connotada en la definición que de ellos ha tomado el Sr. Ruiz, no es tal deducción, pues se concibe ésta sin principios superiores á toda experiencia, que sólo la razon puede darnos. Además, si estamos reducidos únicamente al método empírico, que equivocadamente llaman científico los positivistas, hay que renunciar á la esperanza de construir cualquiera ciencia, pues nunca pueden tener tal virtud los hechos aislados del mundo fenomenal. En efecto, ¿cómo resolver la cuestión relativa á la legitimidad del conocimiento, una vez que se ha eliminado al yo como punto de partida y á Dios como principio de todo cuanto existe, tanto en el orden subjetivo como en el objetivo? ¿Cómo asegurarnos de que nuestras ideas corresponden á los procedimientos de la naturaleza en el mundo exterior? ¿Cómo escapar, en suma, á las negaciones del escepticismo absoluto, ni qué valor puede tener esa inducción que tan alto se preconiza, cuando se le ha quitado la única base en que puede apoyarse sólida y firmemente?..... «Quiéralo ó no M. Mill, dice Lachelier, (1) lo cierto es que ese escepticismo es el fruto natural y siempre renaciente del empirismo. Si la naturaleza no es para nosotros más que una serie de impresiones sin razon y sin vínculo, bien podremos afirmarlas ó más bien sufrirlas, en el momento que se producen; pero no podemos predecir, ni siquiera concebir su producción futura. Lo que el empirismo llama nuestro pensamiento, en oposición á la naturaleza, no es más que un conjunto de impresiones debilitadas que se sobreviven á sí mismas: y buscar el secreto de lo porvenir en lo que no es más que la vana imagen de lo pasado, es pretender descubrir en sueños lo que debe sucedernos durante la vigilia. Nosotros queremos asentar la inducción sobre una base sólida: no la busquemos más tiempo en una filosofía que es la negación de la ciencia.»—J. M. VIGIL.

EL MATERIALISMO.

El hombre es doble, alma y cuerpo, alma superior al cuerpo por las facultades y por el destino: tal es la creencia fundamental del espiritualismo. Por el contrario, el materialismo cree que no hay más que el hombre físico, ejecutando diversas funciones por diversos órganos; que el cerebro es capaz de pensar, sentir y querer, como los pulmones de respirar, y el estómago de digerir. A sus ojos lo que se llama lo moral del hombre, no es más que lo físico bajo otro punto de vista: los espiritualistas han tomado un órgano por un sér.

Trátase aquí de establecer la distinción entre el alma y el cuerpo; la existencia de un sér invisible, distinto del órgano, que es en cada uno de nosotros el yo, y de reducir á su justo valor los argumentos en que se apoyan los materialistas para confundir naturalezas esencialmente diferentes, suprimiendo en el hombre al hombre mismo. Hé aquí desde luego las pruebas que invenciblemente atestiguan, segun nosotros, la existencia del alma.

1.º Los astros se mueven, el ámbar se electriza, el iman se vuelve hácia el Norte, la sangre circula: hé aquí otros tantos hechos ¿cuál es su causa? Antes de encontrarla, se la ha buscado largo tiempo tal vez; propuesta esa causa, no ha sido universalmente admitida; algunos la han negado, proponiendo en seguida otra; éstos encuentran una sola, aquellos varias, y ninguno está de tal manera cierto de haber hallado la verdad que no abrigue escrúpulos ni busque todavía. La causa del movimiento de los astros es su natu-

(1) *Del fundamento de la inducción*, pág. 30.